



SOCIEDAD DE ESCRITORES DE CHILE

Editorial

La trigésimocuarta Feria Internacional del Libro de Santiago (FILSA) debe llamarnos a la reflexión. Cuando tuvieron lugar las primeras versiones de ese evento, en los años 80 y a cielo abierto, los escritores cumplimos un papel central, no sólo respecto de la materialización de la iniciativa, sino también en lo relativo a visibilizar el proceso de creación literaria, tomando contacto directo con los lectores. Hoy, en cambio, dicho hito se ha convertido en una plataforma excluyente, cuyo precio de entrada es prohibitivo para las grandes mayorías, al tiempo que reduce la oportunidad a un mero ejercicio de mercado.

Es hora de restituir el rol de libro en su condición de agente dinamizador del quehacer cultural. En esa tarea, a los escritores nos cabe una responsabilidad fundamental. Poco a poco, la Sech debe avanzar hacia la conducción de sus propias jornadas de exposición de volúmenes, con acceso gratuito y, sobre todo, retomando con los ciudadanos un diálogo que, sin mediadores, vuelque la palabra a la calle y haga circular en el país la construcción social de las letras.

Cita con Nuestras Voces

A LAS MUJERES

En el terreno biológico, nuestra actividad no cesará hasta conseguir que las autoridades, tanto Científicas como Gubernamentales, se preocupen del angustioso problema que significa para la mujer obrera, o privada de recursos, el embarazo o alumbramiento excesivamente repetido, situación cuyo desenlace es hoy el aborto clandestino, con todo su cortejo de enfermedades; o la muerte del nuevo ser por miseria, desnutrición o abandono involuntario y forzado. La mujer tiene derecho a la maternidad consciente, o sea, solamente voluntaria en aquellos casos en que su estado de salud y condiciones económicas se lo permitan.

Elena Caffarena (1903-2003). Fragmento de "A las Mujeres", carta publicada en 1935, en su calidad de secretaria general del Movimiento Pro Emancipación de las Mujeres de Chile (MEMCH).



Alerce en Simpson 7



Juan Cameron Trae el Paso Porteño de Gonzalo Rojas

Proveniente de Lebu, en la Cuenca del Carbón, Gonzalo Rojas clavó bandera en Valparaíso. Y aunque pasó por Santiago, por el Norte de Chile y se hizo universal, parece que el Puerto es definitivamente su casa...

... Es más, yo creo que Valparaíso es el lugar de origen de Gonzalo Rojas como poeta. Yo siempre he reclamado esa condición, porque es aquí donde escribe la mayor parte de *La Miseria del Hombre*; es aquí donde la publica, en una imprenta del barrio El Almendral, luego de que falló el premio que le iba a entregar la Sociedad de Escritores de Chile, y desde aquí se proyecta como el gran poeta que es. Aquí comienza.

¿Recuerdas el momento en que lo conociste?

Sí. Fue una mañana de 1981, un día domingo. Yo había ido a revisar libros antiguos a la Plaza O'Higgins y me encontré con Hugo Zambelli. Hugo era muy amigo de Gonzalo Rojas y, cuando me iba, me dijo: "quédate un rato más, que viene el poeta". Ahí nos conocimos, atravesamos a la fuente no sé cuánto que estaba al otro lado de la calle Pedro Montt y nos tomamos una cerveza enorme, una cosa grosera, en un vaso muy alto, entre los tres; después nos fuimos a almorzar a la casa de Zambelli, que era un tipo de gustos exquisitos y abrió un par o más de botellas de un vino fantástico y nos pegamos una borrachera salvaje.

Fuiste conociendo un poco más del aspecto cotidiano de este hombre...

Sí. Porque a él lo conozco desde mucho antes: Gonzalo Rojas es una de mis primeras lecturas en poesía. Nos formamos, mis hermanas y yo, con los libros de poesía amorosa, antologías, crestomatías y florilegios de los 100 mejores poemas de amor, o los mejores poemas del mundo, y llorábamos con ellos —no teníamos televisión en esa época, por supuesto—; después me fui una vez a la última pieza de la casa, donde se guardaban los cachivaches, y encontré un cajón de mi padre lleno de libros. Mi padre era abogado y sólo exhibía los libros de Derecho. Y ahí escarbé, escarbé y escarbé y un día encontré este libro *La Miseria del Hombre*, garabateado con obscenidades por mi padre, con letra preciosa, hecha obviamente con tinta de una Parker 51, pero eran obscenidades que no tenían que ver con la literatura, se notaba que mi padre se había molestado mucho, así que escribí estas cosas, de modo que me interesó

Una publicación periódica de la
Sociedad de Escritores
de Chile (SECH).

Nueva Época, Año 1, N° 6,
Diciembre de 2014

más aun (risas). Por supuesto, le robé el libro a mi padre, me lo apropié. Mis padres se divorciaron, él se fue, yo me quedé con el libro. Y ese libro me acompañó hasta el año 74: tuve que venderlo para hacer dinero para fugarme del país, y hasta el día de hoy me duele. Era una primera edición de Gonzalo Rojas, garabateada por mi padre.

Te sirvió de pasaporte al exilio.

De pasaporte, por supuesto, sí.

Y ese tremendo libro tiene elementos que, me imagino, te llamaron la atención, respecto de la literatura que tú habías conocido.

Sí. Porque uno comienza a escribir, generalmente, por catarsis. No hay duda alguna. Pero, luego, al entrar en la poesía, se da cuenta de que cuanto interesa en la forma, en el lenguaje poético, es lo que propone el mismo texto: la sonoridad. Y esa sonoridad yo la encuentro en este poeta. La misma que podría haber hallado en Amado Nervo, Rubén Darío, etc., la encuentro en Rojas, en una poesía más libre, no rimada. Y para mí fue muy importante descubrir que también existían otras figuras retóricas, diferentes de la rima, y que el verso libre mantenía una armonía interna preciosa.

¿Y antes de leer a Rojas, te habías familiarizado, por ejemplo, con los versos de Huidobro?

No, para nada. Fue al revés. Es más, yo me salto de la lectura de los clásicos, de la educación que uno tiene al alcance, a los once o diez años de edad, directo a Gonzalo Rojas, y después conozco, por ejemplo, a Parra. De los clásicos, debía conocer seguramente a la Mistral y a Pablo Neruda, pero Parra es posterior a Rojas en mi educación. Y luego, muy tardíamente ya, casi saliendo de secundaria, gracias a la amistad con Juan Luis Martínez, empiezo a adentrarme más en la poesía de Enrique Lihn, de Jorge Teillier, de Efraín Barquero, y conozco posteriormente, ya en la universidad, a los poetas que me preceden, de la promoción universitaria del '65.

Empezaste por el final.

Claro. Es decir, toda esta educación es al revés, para modernizarme (risas).

Y tú, que leíste a Huidobro después que a Rojas, ¿adviertes algún grado de influencia?

Para mí, son dos caminos distintos. De seguro, si intento buscar puentes, los voy a encontrar, pero no podría decirlo. Tal vez, la iluminación repentina que uno encuentra en los versos de Huidobro, el creacionismo como le llama él, es posible hallarlo en ciertos poemas de Gonzalo Rojas: "cítara mía, hermosa...", etc. Ese tratar de llegar a la profundidad a través del intelecto; pero Rojas es sangre; Huidobro es cabeza. A Rojas lo veo más cerca de Neruda, en ciertos aspectos. Pero la mejor de todos, parece que era Gabriela Mistral, que era poeta de la forma. Impecable.

Gonzalo Rojas se hace cargo también de una responsabilidad ciudadana. Fue nombrado embajador poco antes del Golpe de Estado, pero ya había desempeñado roles importantes como agregado cultural. ¿De qué manera conectas ese oficio ciudadano con el literario?

A partir de los segundos libros de Rojas. Y ahí, sí, empiezo a rescatar los temas, cosa que no me interesaba mucho en poesía, pero que están presentes: el tema político-social que contiene su tremenda respiración y armonía, pero eso lo empiezo a ver muy posteriormente, incluso diría que después del Golpe de Estado. Yo creo que a Gonzalo Rojas lo leo bien, o reúno bien toda su obra, estando ya en Buenos Aires, durante el exilio, trabajando como vendedor de libros.

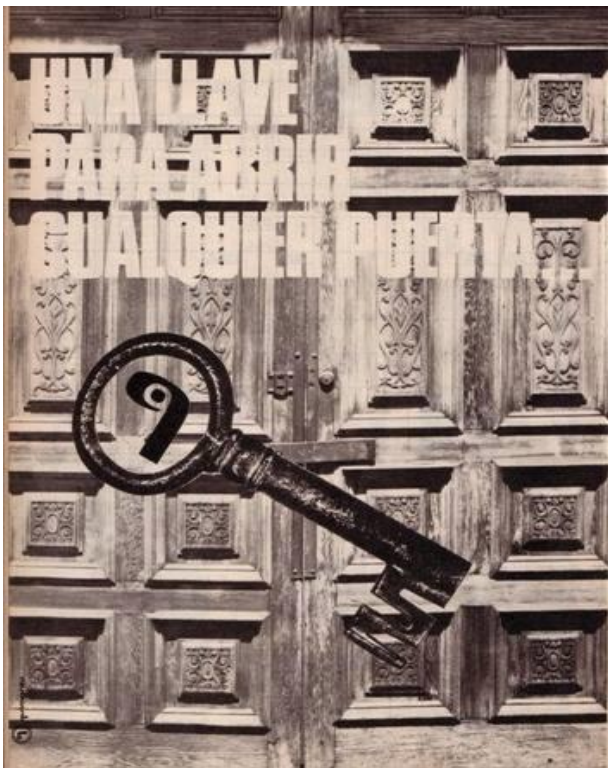
(Extracto de la entrevista concedida por Juan Cameron al programa radial Barco de Papel).

Al Pie de la Letra

EL GERMEN DE QUIMANTÚ

En Zig-Zag había 1.200 trabajadores gráficos; era, lejos, la industria gráfica más importante del país y había un sindicato único de trabajadores... obreros, periodistas y administrativos; no había separación. Quiero mencionar a Sergio San Martín, un autodidacta que era el presidente del sindicato, en cuyas reuniones no nos limitábamos a los temas económicos o negociaciones colectivas, sino que también conversábamos de esto: ¿por qué tenemos que imprimir libros y revistas que van contra nuestros intereses? Ahí está el germen de Quimantú, en los años 67, 68, en el movimiento político-social, fruto de la inquietud de los trabajadores de Zig-Zag. Finalmente, en febrero de 1971 empieza la formación de la editorial. En su directorio estaban representados los trabajadores y tuve el honor de ser una de esas siete personas y, además, director de publicaciones periodísticas. Llegó después Joaquín Gutiérrez a hacerse cargo de la edición de libros. Él tenía toda la experiencia de Nascimento. Quimantú, en dos años, de septiembre del '71 a septiembre del '73, produjo 15 millones de ejemplares.

Fernando Barraza



Poética

JULIO CORTÁZAR

Julio, el juego continúa, no hay final aunque los zombies asedien. La vida corre, sigue, nada sabemos o hasta cuándo los augurios del tarot, certezas de adivinos, hechicerías, qué es verdad del futuro; entre luz y sombra el fuego de la existencia oculta rostro; azar acecha en esquinas invisibles, guarda cartas marcadas, dados cargados. Carreteras lentas de sueño encontramos en Montparnasse junto a Carol, ven estrellas inocentes que vuelan tiernas, veloces cruzan el firmamento, otras galaxias y relámpagos. Converso con Félix Grande que conocí en Santiago de Chuco, casa de César Vallejo; fue aquel viaje mágico por Perú; Julio: él nos espera en Barcelona y Madrid junto a Tomás Borge. Es invierno, llueve adentro de nuestros corazones y la niebla no deja ver el camino. Desde la buhardilla sentimos cómo vientos furiosos azotan techos, árboles, ventanas. París con laberintos aguarda como siempre.

Edmundo Herrera (Renaico, 1929). Director y ex presidente de la Sociedad de Escritores de Chile.

Narrativa

PAZ

La paz estaba en contemplar ese universo que se abría al cerrar los ojos y respirar. Aunque nacieran miles de recuerdos, de ideas, de imágenes y de conceptos de las palabras que hacían nacer nuevas ideas, eran un caos totalmente comprensible si se recostaba a mirar ese río infinito de posibilidades que nacían de sus vivencias. Dentro de ese flujo cruzó también la idea de que al levantarse para escribir algo de todo aquel desfile, las ideas huirían como criaturas temerosas, como gatos en la noche que en confianza disfrutaban de algún festín y son espantados de suyo por algún espíritu travieso o aburrido, por lo que decidió esperar un poco.

Al encender el notebook se aferró a una de esas imágenes que, aunque nada agradable, le sirvió para mantener la conexión con aquel río interior que ya empezaba a recogerse con el inoportuno sonido del ventilador y a correr despavorido con el ahora desagradable arpegio de novena con el que Windows anunciaba sus faenas. Se aferró entonces al recuerdo de la vendedora de la panadería. Por muy malas razones le daba la sensación de que ella se había sobajado con el cuarto de queso que en ese momento le laminaba, y que las marraquetas que llevaba debían seguramente tener algo del sudor excesivo que aún le corría por la cara a causa de los hornos de la panadería y al evidente sobrepeso que padecía. En ese río sardónico que eran sus pensamientos, el queso estaba directamente relacionado con las violentas erupciones de su cara, y algo de la barba del mentón debía de venir en alguna parte con las marraquetas. En el momento real de esas vivencias, en la vigilia, se cuidaba mucho de esta clase de pensamientos y procuraba alejarlos, ya que no se correspondían con la educación y la crianza que juzgaba haber recibido, ni con los valores ni con la virtud a la que aspiraba, pero al cerrar los ojos y respirar, todas las barreras dejaban paso libre a las asociaciones más incestuosas y paganas sin tipo alguno de culpa, tal vez porque en esos momentos, en el espacio que eran esos momentos, tenía la certeza de que nadie podría reprocharle las asociaciones involuntarias que en él nacían.

Por alguna razón su cuerpo había comenzado a cambiar, a responder de manera muy sensible a su entorno, y este tipo de imágenes lo descomponía de manera fatal. Lo descomponía también el exceso de comida, los patios de comida, las fiestas y su música grotesca, el olor de las micros, del Metro, de los malls, de los restaurantes, la televisión, las películas, los cumpleaños. A todas estas cosas su cuerpo reaccionaba con náuseas, inapetencia o violentas diarreas. Pero su natural deferencia hacía que expresara nada, o expresara muy sutilmente su desagrado frente a las personas con que compartía. Pero, sobre todo, lo que lo descomponía era la mentira, y en esa criatura que es el pensamiento, con sus muchas etapas y menos evoluciones, le parecía en este momento de su vida que todos mentían. Algo percibía en las construcciones verbales, en los modos de decir y en las actitudes que le hacía creer que todos mentían. Que bajo la amabilidad de la vendedora de la panadería se ocultaba la más perversa y vengativa de las mujeres, que todos los que iban a disfrutar a los malls no lo estaban pasando tan bien, que comían cantidades ingentes de comida de pura pena, de vacíos que estaban, y que le metían a sus hijos mamaderas grotescas de vacío, y que en el futuro ellos también intentarían llenar ese vacío con fiestas horripilantes, con música estruendosa, con asquerosa comida. Le parecía que todos jugaban a la eficiencia, a la efectividad, a la proactividad, a la presteza, a la calidad del servicio, al compromiso con la empresa (aquí recordó cuando un reponedor del supermercado le dijo "de nada, guacho", a un "gracias" suyo), pero que a todos les importaba una raja el papel que hacían. Le parecía una mentira cuando escuchaba:

"estimado cliente", "gracias por preferirnos", "buenos días", "su problema es nuestro problema", "¿desea donar 4 pesos?", "debemos reorientar nuestras estrategias...", "por un Chile más justo, por un Chile más sano", "necesitamos gente proactiva y con tolerancia a la frustración", "me ha ido bien, estoy lleno de proyectos", "sí, todos bien en la casa", "el Chapulín es el antihéroe por excelencia", "Neruda es el gran metafísico"... y se preguntaba, en el paso de estas ideas, cómo nadie se cansaba de estas frases hechas y manoseadas, cómo no veían que no eran ellos quienes las decían, que esas palabras se caían al suelo y les hacían ver como tristes hombres (y aquí recordó que debía incluir a las mujeres) sin espíritu. Por eso encontraba la paz en el silencio y en la soledad.

Al tocar la paz con los dedos, siempre venían a sus pensamientos historias que había oído de gente que se destierra a la soledad y, aunque nunca se interesara por saber más de ellos, le gustaba especular sobre las motivaciones que llevaban a esos hombres a romper todo vínculo con la sociedad que los formó. En lo más íntimo esperaba que algún suceso trágico como aquéllos lo hiciera abandonar todo para exiliarse en alguna montaña o agujero, para no tener que seguir soportando el circo de cinismo que veía en el diario vivir. Y, así, intentaba imaginar al hijo de la madrina de su padre, que desapareció al enterarse de las relaciones que su propio hermano mantenía con su esposa y luego con su hija (tal vez primero su hija y luego con su esposa). O al tío que también desapareció del mapa cuando supo que su esposa lo engañaba con el pastor, o al médico que, camino a Llay-Llay, perdió a su familia en un accidente automovilístico y que pasó el resto de sus días a un costado de la carretera viviendo de las limosnas de camioneros y viajeros que por ahí pasaban. Imaginaba entonces su propio y trágico desengaño y veíase profundamente desilusionado por algo, por orgías a sus espaldas en las que participaban todos sus conocidos, por mentiras flagrantes de su mujer, por alguna bomba atómica que le hiciera perder para siempre toda la fe. Cualquiera de estos sucesos le hubiera servido para desaparecer con tranquilidad.

Desconocemos el hecho concreto que lo llevó a cumplir con la idea que hace tiempo acariciaba, pero sabemos que las últimas veces que su familia y amigos le vieron, él permaneció taciturno e inmovible frente a las conversaciones, a la música, a la comida; que realizó sus actividades normales con absoluta diligencia y prolijidad, pero en un silencio que si bien era abismal, no llamó mayormente la atención de sus más cercanos. Tan solo una nota dejada junto a la bolsa de pan fue considerada por todos una despedida, aunque algunos más optimistas preferimos tomarla como un saludo, como un principio:

"¿Cómo caer en desesperanza?, ¿cómo perecer en el hábito del vacío?, ¿cómo renaceremos los espectadores de la vida, de los espejos?"

Rodrigo Díaz Quintana (Santiago, 1983). Ha publicado los ensayos 'Un Nombre Sin Destino' y 'El Anheló Oceánico' en Friedrich Hölderlin.

Director: David Hevia

La invitación está extendida a todos quienes quieran participar como corresponsales de Alerce en Simpson 7, planteando ideas, comunicando noticias y enviando textos al correo electrónico alerce@sech.cl

Página web: www.sech.cl

Encuétranos en Facebook